

dades que no se explican, envió la bala á la frente de quien iba dirigida.

El jefe se derrumbó sobre los adobes de la trinchera, donde dejó los sesos.

—Ya estoy vengado! gritó, Martínez, y se encaminó á su campamento, llevando en brazos á su moribundo amigo,

Cuando los imperiales acabaron de solemnizar su victoria, advirtiéndose que los republicanos habían atacado la Casa Blanca sin ánimo de tomarla, mientras sus columnas formaban un cerco de circumvalación.

Aquel simulacro costó á la patria la existencia de sus hijos más predilectos.

El 24 de Marzo entró en las sombras del pasado, llevando una página gloriosa coronada de cinerarias y siemprevivas.

CAPITULO UNDECIMO.

LAS HERMANAS DE LA CARIDAD.

I.

El hospital de sangre se había establecido en la Fábrica del Hércules, propiedad de D. Cayetano Rubio.

El Hércules es un establecimiento modelo, una fábrica de hilados de todo lujo.

En derredor de aquella finca se ha formado un pueblo con la colonia de los trabajadores.

El rico propietario es uno de los hombres de negocios más distinguido por su capacidad.

Rubio no ha hecho negocios en pequeño, siempre ha abarcado algo grande que aduna sus intereses al bien de la clase pobre, avara el trabajo y ocupación.

Rubio estableció las fábricas de Tlalpam, donde un pueblo de operarios bendice su nombre.

Nosotros condenamos el egoísmo de los hombres que entregados al amor tempestuoso de la especulación, no comparan con el desgraciado ni aún sus simpatías; para ellos tendremos siempre un anatema, así como nuestra pluma se honrará siempre en tributar justos y merecidos elogios á los que con su conducta filantrópica llevan al terreno práctico las teorías democráticas.

II.

No hay pluma que pueda llegar á la altura de un espectáculo tan horrible, como el que presenta un hospital de sangre.

Un campo de batalla es un cuadro de felicidad, si se compara con una sala de amputación.

Las camillas de la ambulancia se habían reservado para los jefes.

Los soldados yacían en el suelo agrupados, confundidos, amontonados, mezclando su sangre que corría por el aposento y salpicaba las paredes.

Gritos, maldiciones, rezos, ayes de dolor, todo se confundía.

El estertor de los moribundos se apagaba entre aquellos clamores de la agonía.

En un rincón de la sala y frente á una ventana, estaba colocada una mesa, donde ponían al herido para operarlo.

Aquello era peor que el potro del tormento.

Los médicos de la ambulancia parecían unos carniceros: se habían despojado de las levitas y chalecos; su camisa estaba arremangada en lo alto de los brazos, y sus rostros y camisas todo estaba manchado de sangre.

Luego que el soldado se colocaba en la mesa fatal, lo desnudaban, veían si su herida necesitaba mucho cuidado para evitar la amputación, y donde calculaban que era así, procedían á ella y la ejecutaban rápidamente, sin cuidarse de los horribles gritos y maldiciones del herido.

Los miembros eran arrojados á un patio donde los perros se los disputaban.

Cansados los practicantes y médicos, salían á tomar aliento.

Mientras, se morían algunos desgraciados con la pérdida de su sangre.

Cuando se observaba que al grito dejaba de existir, dos de los mismos soldados lo sacaban al patio, donde lo recogían sus madres ó esposas.

Entonces se oían ahullidos espantosos, gritos de desolación y maldiciones al imperio.

Los médicos volvían entrar, y se renovaba aquella escena de sangre, capaz de amedrentar el corazón más empedernido.

III.

Un tumulto de soldados apareció en la puerta de la sala, conduciendo en una parihuela á Enrique, ya próximo á espirar.

—¡Paso! gritaba la voz airada de Pablo Martínez.

Practicantes y mujeres abrieron una calle para que pasase el herido.

¡Hermanas! gritaba el guerrillero, vengan á recibir á este muchacho.

Las hermanas de la Caridad, revueltas entre los heridos, oyendo aquellas blasfemias, socorían á los enfermos con solicitud evangélica.

¡Pobres jóvenes! sus votos los van á cumplir á esos sitios donde sólo pueden ir impelidas por el espíritu de Dios!

—Madrecitas, este muchacho se muere, yo no quiero verlo, recíbanlo, que pronto doy la vuelta.

Martínez salió del hospital con un nudo en la garganta y la camisa hecha pedazos de tanto tirarla del lazo del corazón.

IV.

Dos *Hermanas* recibieron al enfermo, lo acomodaron en un lugar á propósito, y le descubrieron el rostro.

Las dos jóvenes dieron un grito de sorpresa.

Ambas habían reconocido á Enrique.

—¡Dios mío! dijo una de ellas, ¡qué desgracia!

—¡Quién lo hubiera pensado! respondió la otra.

—¿Le conoces?

—Sí; de casa ha salido para la revolución.

—También ha sido amigo mío.

—Véamos qué podemos hacer por él.

Enrique percibió como en sueños el acento de aquellas voces, que traían las ráfagas apacibles de una memoria.

Entreabrió sus moribundos ojos, y se fijó en las Hermanas de la Caridad.

Una sonrisa apareció en sus labios cárdenos con la proximidad á la muerte.

—¡Clara! ¡Guadalupe! murmuró el herido.

—Sí, somos nosotras, contestó Clara llorando amargamente; nosotras que venimos á auxiliar á usted.

—Sí, Enrique; aquí estamos para cuanto usted necesite, se apresuró á decir Guadalupe.

—No necesito más que de las oraciones de almas tan puras y llenas de virtud, porque tengo la muerte delante de mis ojos.

En esos momentos llegaron los médicos, reconocieron cuidadosamente al herido, y dando una mirada de inteligencia á las Hermanas, les dijeron:

—Necesita reposo; más tarde le operaremos.

Clara y Guadalupe no cesaban de llorar.

—Necesito ver á Pablo Martínez, dijo el moribundo.

—¿Mi hermano está aquí? preguntó Guadalupe.

—¡Sí, él ha sido mi padre!

Clara rogó á un soldado que fuera á llamar al teniente coronel Martínez.

—Era fuerza, continuó Enrique, al fin yo he matado á un hombre.

Guadalupe se estremeció.

—Porque yo os amaba, Guadalupe.....pero al conoceros sentí que estábamos muy distantesdespués os amé como á una hermana.

Guadalupe sentía su corazón opreso.

Yo no provoqué el duelo.....él.....él me obligó á matarle.

Como si á este recuerdo su imaginación se hubiera despedido al vértigo de la calentura, comenzó á delirar, luchando con la muerte.

—¡Es la noche!.....los árboles son espectros que me siguen... ¡Dios mío!.....cae una lluvia ardiente.....¡estoy empapado en sangre!..... ¡qué horror!.....¡asesino!.....¡asesino!.....

Quiso hablar el moribundo, pero su voz se convirtió en un estertor horrible, aspiración del aliento al arrancarse de nuestro pecho para siempre.

Pablo Martínez se arrodilló junto al moribundo y escondió su rostro entre la manta ensangrentada de la camilla.

Sólo se oía el ronquido de la agonía y el apagado rezo de las Hermanas de la Caridad.

Después de algunos momentos levantó el guerrillero la cabeza y fijó su mirada en aquel semblante descompuesto, ya inmóvil y cubierto con las sombras de la muerte.

Enrique había espirado.

Pablo Martínez acercó sus labios á la frente helada del cadáver y la besó con respeto.

Entonces acercó su rostro al de su amigo y lo bañó con silenciosas lágrimas.

Las Hermanas habían desaparecido.

V.

Pocos momentos después y ya cuando el guerrillero había vestido á Enrique y tendídole en una mesa del cuerpo de guardia, llegó Don Serafín.

Detúvose en la puerta, contempló el cadáver de su amigo, y vió á Pablo Martínez en un rincón de la pieza velando el cuerpo de Enrique.

Entonces el infeliz joven rompió á llorar como una mujer.

Perdía al mejor de sus amigos, al más querido de sus compañeros.

Todos los sueños, todo el mundo de ilusiones que habían forjado en el turbión revolucionario.

Se quedaba solo en sus horas de infortunio desaparecían para siempre, se desvanecían ante aquel cadáver ensangrentado.

Don Serafín recibía el primer desengaño y ya en los momentos en que todo auguraba un próximo triunfo.

Los compañeros llegaron después con la caja hecha por los carpinteros de la fábrica de Hércules.

Unos soldados hacían la guardia al jefe republicano muerto en el campo de batalla.

Hay seres que hasta en la muerte les alcanza la desgracia.

Florentino Mercado desapareció de entre los cadáveres sin saber quién lo había recogido.

Peña y Ramirez corrieron la misma suerte.

En vano sus amigos han buscado un sitio para levantar un monumento, ni una cruz ha podido colocar la piedad cristiana.

Se ignora el lugar donde esos mártires duermen el sueño eterno.

Pero queda un campo lleno de recuerdos gloriosos, una fecha que arroja el nombre de los héroes de ese día, y unos muros derruidos y salpicados de sangre.

Esos muros se llaman "La Casa Blanca."

¡La fecha es el 24 de Marzo de 1867!



CAPITULO DUODECIMO.

LA MARTINICA.

I.

El sitio de Querétaro se había estrechado y día á día se libraban encuentros y se empeñaban combates parciales.

Porfirio Díaz había llegado al frente de Puebla y ocupaba el perímetro de la ciudad, sin dar tregua á los imperiales, que se sentían ahogar en un círculo de hierro candente.

Márquez había llegado el 27 de Febrero é ignoraba la acción de armas del 24.

Se anunciaba á la imperial ciudad como lugar teniente de la monarquía mexicana.

El advenimiento al poder del asesino de Tacubaya, tenía consternada á la ciudad, que juzgaba de mal agüero este acontecimiento.

Inauguróse Márquez con la imposición de un préstamo forzoso para socorrer á la división de 5.000 hombres que debía conducir personalmente al sitio de Querétaro.

Entretanto se hacían los preparativos para la marcha, se mandó poner en todo su vigor la circular de 3 de Octubre para reprimir los conatos revolucionarios que ya se dejaban sentir en el mundo político.

Las prisiones estaban á la orden del día, y la autoridad política encargada á O' Horán, tenía más ojos que los animales del Apocalipsis.

Se desconfiaba de los más ardientes partidarios del imperio; las casas y los ciudadanos se vigilaban tenazmente, deseando dar un espectáculo de sangre para moralizar á una sociedad que había perdido su fé en los hombres y las instituciones,

No se respetaba ni á los extranjeros.

Márquez sabía que el ejército francés no regresaría de sus transportes para defender uno de sus nacionales, cuando los dejaba á merced de la revolución triunfante.

II.

Entretanto, el señor de Fajardo llevaba algunos días de estrecha comunicación en la Martinica.

La *Martínica* es una prisión provisional, establecida como estancia de los reos durante su declaración preparatoria.

La cárcel está situada á un costado del Palacio Municipal, teniendo entrada por el callejón de la Callejuela.

Los reos consignados á la autoridad francesa ocupaban el edificio, y de allí provino el que se le llamase la *Martínica*.

En uno de sus calabozos fué encapillado Nicolás Romero y sus compañeros de patíbulo.

Todas las mañanas, un grupo de gente esperaba ver salir á los sentenciados.

La proximidad de este espectáculo, ó el introito, por mejor decir, era la llegada de los ataúdes, que formaban parte del séquito terrible, acompañaba al reo hasta el lugar de la ejecución.

Hubo desgraciado que á la presencia del ataúd, que debía conducir sus despojos, perdió el valor y cayó sin sentido.

Ese espectáculo llegó á hacerse familiar, como el de la guillotina en la revolución francesa.

De la *Martínica* salía el tren de la muerte á Mixcalco ó á la plazuela de Santo Domingo.

En uno de los costados de la iglesia hacían arrodillar á los reos, y su sangre salpicaba los muros del templo.

Hace muchos años que la sangre mancha esos sagrados lugares, y que delante de los cadáveres mutilados, las campanas de aquellas torres profanadas, tocan á vuelo sacudidas por las manos de los frailes en su embriaguez de triunfo religioso.

Nada extrañamos, cuando Pío IX ha tornado los aposentos del Vaticano en fábricas del fusil Chassepet.

En México han desaparecido los frailes, los conventos y los soldados franceses.

En Roma quedan los frailes y el Pontífice, apoyado en las bayonetas de Napoleón III.

¡Aun no ha sonado la hora de la Italia!

III.

Al señor de Cantoya se le había encarcelado, y por vía de providencia precautoria, el teniente Estrada estaba en un calabozo para probar la denuncia.

La mañana del 2 de Abril los cerrojos del diplomático se corrieron, y el fiscal se presentó con dos escribientes para la práctica de una diligencia.

El fiscal era un viejo raquítico, medio lazarino, con la barba y nariz granugienta, ojos pequeños, cabeza diminuta adornada con una cachucha de inválido.

Llevaba el fiscal una levita azul, grasienta, con botón de águila, y un pantalón blanco, de lienzo, con quince días de uso, botines viejos de cuero de becerro, y un bastón con borlas.

El fiscal se llamaba Don José María Vasconcelos.

Don Modesto estaba muy cambiado: su barba comenzaba á crecer, y la sangre había acudido á sus párpados.

Tenía una fisonomía apoplética.

—¿Don Modesto Fajardo? dijo el fiscal.

—A la orden de usted, señor fiscal. ¿En qué puedo servir á usted?

—Vengo á que reconozca usted su letra, para que procedamos al careo.

—¿Al careo con quién?

—Con un tal Cantoya y un tal Estrada.

—¿Conque el señor Cantoya está preso?

—Sí, respondió el viejo; vea usted la carátula del proceso, "Modesto Fajardo y socios, por complicidad con los bandidos."

—Señor fiscal, esa carátula es sumamente ofensiva á mi dignidad.

—Ya lo creo, como que si no se *descargan* los *truenan*.

—Caballero, yo me *descargaré* antes de que me *truenen*.

—¿Conoce usted esta letra?

Don Modesto examinó el papel en que había puesto *santo* y *seña*, que entregó al teniente Estrada.

—La ¿conoce usted? insistió el fiscal.

—Se parece algo á la mía.

—Asiente usted que el reo dijo, después de meditarlo tres minutos y poniéndose demudado, que aseguraba que era suya.

—Permita usted, caballero, yo no he dicho tal cosa, ni lo he pensado tres minutos.

—Ponga usted, dijo el fiscal, que no se retificó en lo dicho.

—Sí no lo he dicho.

—El fiscal no miente, y tiene la fé pública.—Añada usted que insultó á la autoridad.

—¡Caballero! yo no tengo más armas de defensa que mis palabras.

—Escriba usted, escriba usted aprisa, que el reo dijo que si tuviera armas las usaría en contra del fiscal.

—¡Esto es horrible! exclamó el diplomático.

—Y que el juez era horrible.

—¡Hombre, me van ahorcar con semejante declaración!

—Yo no hago constar sino los hechos.

—Vea usted, señor fiscal, se me va á seguir un perjuicio horrible; yo tengo intereses, y sobre todo, yo quiero hablar á usted sin testigos.

—Salgan ustedes, dijo el viejo sátrapa á los escribientes.
Ignoramos lo que pasó entre el reo y la autoridad, que al cuarto de hora hizo reponer la declaración, de la que quedó satisfecho el diplomático.

IV.

El señor de Cantoya y el teniente Estrada comparecieron, para practicar el careo.

Cantoya no podía articular una palabra.

—¡Señor fiscal! dijo el esposo de Doña Efigenia antes que el gangoso hubiera comparecido, guárdeme usted este reloj y esta cadena de oro, aquí con la humedad se echan á perder.

Es buena pieza, dijo el fiscal lamiéndose los bigotes color de naranja.

—¿Le gusta á usted esa repetición?

—Es muy buena.

—Pues hágame usted el favor de tomarla.

—No, no, me tendrían por parcial.

—Señor fiscal, dijo con énfasis el diplomático, la conocida integridad de usted lo pone á salvo de las murmuraciones.

—Es cierto eso, respondió el viejo.

—Pues acepte usted ese pequeño obsequio.

—Mil gracias, caballero, sólo por no desairar á usted.

Y se embauló el reloj sin que lo percibiera el teniente Estrada, que llegaba en aquel momento entre dos gendarmes.

—Teniente Estrada, diga usted lo que hablaron la noche del 12 en la casa del señor Fajardo.

—Los señores me convidaron para pronunciarnos en contra del gobierno de S. M. el emperador.

—El señor miente, dijo Cantoya, el fué quien nos ofreció los barrios.

—Señor fiscal, dijo el gangoso, yo nunca he jurado pero por estas ocho cruces, (y enclavijó las manos) juro á usted que los señores me llamaron para ponerme al frente del movimiento.

—Señor fiscal, dijo Don Modesto, usted comprenderá que este hombre no puede ponerse más que al frente de un cirujano, para que lo opere.

—Y usted al frente de Escabese para que le tome medidas para una peluca.

—Orden, señores, prevengo á usted, señor Estrada, que no se propase.

—El señor me insulta.

—Yo, dijo Cantoya, siempre he sido partidario de la intervención.

—Su esposa de usted ha sido más.

—¡Caballero! gritó el de la Cantoya.

—No adelantándose nada en la diligencia, queda abierta para continuar mañana, dijo el fiscal; y puso comunicados á Don Modesto y á Cantoya, dejando encarcelado, vigilado y reencargado al infeliz Estrada.

V.

Doña Canuta, vestida de negro como Leonor en el cuarto acto del Trovador, se presentó en la Martinica.

El diplomático tomó el aire de Ot-lo.

Arodillóse Doña Canuta con ademán trágico, y prorrumpió en exclamaciones incoherentes.

—¡Fajardo!.....¡oh!.....¡ah!.....

—Bien, basta de exclamaciones; levántate y dime cómo está Luz, no he cesado de pensar en ella.

Doña Canuta se desentendía de las palabras del diplomático y continuaba en sus interjecciones.

—¡Mátame!.....¡mátame!.....yo no me levanto sin que me hayas matado!

—¿Y cómo te levantarás después de muerta?

—¡Mátame! ¡sepulta el puñal homicida en mi corazón!

—No, no lo haré, porque me extrangularían estos rinoce-
rontes.

—¡Ahórcame al menos!

—¿Pero qué intentas?

—Yo soy la causa de tu prisión, yo, yo esa infame.

—¿Tú?.....¿tú?.....habla, Canuta, me estás diciendo cosas imposibles.

—No lo son, esposa mía.

—Habla, con doscientos mil de nonios.

—Pues bien; hago lo que aquella dama, creación de Emilio de Girardín, en el *Suplicio de una mujer*, me denunció ante mi esposa.

—No te comprendo.

—Oyeme y tiembla.

—Estoy preparado.

—El desdichado teniente Estrada, ha concebido por mí una pasión insensata, y esto lo ha orillado á denunciarte.

—¡Infamia!.....¡infamia!.....así se abusa de un hombre, así se asesina á un diplomático.

—Cierto es que jamás se ha atrevido á declarar su amor; pero yo lo he comprendido.

La cosa varía de aspecto, levántate.

--Esta injuria mental me tiene preocupada.

—Pero, ¿tú le amas?

—¡Ay!

—¿Cómo ay?

—Es decir, yo no siento por ese hombre sino odio y desprecio.

—¡Bravo! ven á mis brazos.

Levantóse Doña Canuta y se estrechó al abdomen del diplomático, que se sintió sofocar.

—Aquí, esposa mía, aquí!

Doña Canuta, que tenía una tendencia decidida por el romanticismo, continuó con acento cómico.

—Los hombres!.....los monstruos!..... los fenómenos!..... los.....

—Canuta, ya cheché al fiscal con ciento veinte y tres pesos, y estoy salvado.

—La balanza de la justicia se inclina con pesos de oro.

—Es cierto, y con relojes, porque Cantoya ha sacrificado el suyo en aras de la fiscalía.

—Luego el teniente será la víctima?

—Sí, esposa mía.

—Es necesario salvarlo!

—No seré yo quien me oponga; pero te advierto, que el no tiene ciento veinte y tres pesos ó un reloj de oro, no saldrá de la Martinica.

—Yo me compadezco de ese miserable; Fajardo, sé generoso.

—Sí lo seré yo lo perdono!

—Con el perdón tuyo poco logrará el desgraciado, se necesita de tu liberalidad

—Liberalmente lo perdono.

—Es otro el negocio; se necesita dinero.

—Tendrá alguna buena firma?

—Hombre la generosidad no tiene precio.

—Es cierto; pero el dinero corre al siete por ciento mensual.

—Préstale esa suma á tu antiguo ayudante.

—Yo lo desconozco; él no me ha ayudado sino á llevarse el espadín y el mosquete ajeno, y á traerme á la cárcel.

—Perdónale!

—Que más he de hacer que perdonale gratis?

—Y si te lo pidiera en nombre de tu hija?

Mira, Canuta, en nombre de mi hija Luz, saco del purgatorio á cuantos Estradas hay en el mundo.

—Te tomo la palabra.

Don Modesto, á pesar de sus ridiculeces, se sentía dominar por aquel cariño; amaba con delirio á su hija, y tenía razón.

—Que dice mi Luz?

—Ha llorado por tí á todas horas, no he visto muchecha más falta de ánimo.

—¿Conque ha llorado? esa sí que tiene una alma de ángel, un corazón que.....vamos, yo estoy cada vez más orgulloso de mi hija; daré los ciento veinte y tres pesos por el teniente, ya me los pagará cuando tenga; además, no quiero que insista en su denuncia.

—Gracias, Fajardo!

—Cómo, gracias? tú te interesas demasiado por ese belitre.

—Modesto!.....dame tu mano.

—Aquí está mi mano.

—Ponla sobre mi corazón.

—La pongo.

—¿Sientes?

—Siento.

—Pues nada quiero añadir.

—Es mejor que no añadas, quedo enterado y convencido

VI.

Doña Efigenia, sabedora de que su esposo estaba comunicado, se presentó en la Martinica vestida á la francesa.

Llevaba un túnico de gró moaré con recojidos, un sombrero de paja lleno de cintas y de flores atado con un lazo rojo, un saquito de avalorios dejando ver su abominable cintura, botitas y guantes verdes.

—¿Dónde está el *malficieux*?

—Ah! dijo el diplomático. ¿usted por aquí?

—Sí yo tengo que venir á ésta *prisonnant*, por buscar á Cantoya.

—Cantoya.....señor de Cantoya! gritó el de Fajardo. Su compañero se presentó en el calabozo.

—Cómo vamos, Efigenia? dijo conmovido aquel hombre.

—Yo soy toda buena, mas sin, embargo, no podía ser tranquila sin ti.

—¡Gracias!.....¡Gracias!.....

—Yo estoy obligada de ver al *survillán*, para que me permita de pasar á verte.

—Ya estoy comunicado y puedes venir á todas horas, te necesito mucho.

—Yo soy toda á tí.

—Era bueno que habláramos en español.

...Yo tengo el uso de la lengua francesa. y esto me hace *tromper* muy á menudo.

...Vamos á mi calabozo, allí estaremos mejor.

—¡Bien, vamos al *apartement*; señor Don Modesto, ó *plaisir de vous revoir!*

—A los piés de usted, señora.

—Esa Efigenia, dijo Doña Tanuta es original.

La obesa dama, dando saltitos sumamente coquetos, salió al patio sonrió con dulzura al alcaide, y se entró en el *separo* para atormentar al infeliz marido con aquella jerga franco castellana.

CAPITULO DECIMOTERCERO.

EL 2 DE ABRIL DE 1867.

I.

Desde la noche memorable en que Porfirio Díaz, arrojándose por una de las ventanas de su prisión, escapó á la saña implacable de sus enemigos, la estrella de su destino apareció brillante en la aurora siempre clara de su horizonte.

El bravo general sorprendió á una pequeña guarnición, y por una sucesión de sorpresas, asaltos, duelos personales, combates y batallas, se presentaba frente con su ejército de 3, 000 hombres y 12 piezas de artillería al frente de la ciudad de Zaragoza, donde su nombre había alcanzado la inmortalidad en el inolvidable 5 de Mayo y en los gloriosos episodios del sitio de 63.

¡Miahuatlán!.....¡Oaxaca!.....¡la Carbonera y otros mil lugares, conservan el recuerdo del joven caudillo.

Porfirio Díaz ha hecho peregrinaciones increíbles por entre las montañas y la abrazada zona de la Tierra Caliente.

Alvarez le dió *doscientos* fusiles de chispa para que armase á sus primeros soldados.

El general sustituyó estas armas con las del ejército francés, quitadas en el campo de batalla, y devolvió al *Sur* sus fusiles históricos.

La revolución se levantaba omnipotente, y la juventud republicana se apiñaba en derredor del joven soldado, que llevaba sus banderas triunfantes protegidas por el ala siempre tendida de nuestras águilas.

II.

Puebla de Zaragoza es una ciudad que guarda la mayor parte de sus páginas sombrías de nuestras revoluciones.

Puebla es el álbum donde hay cantos heroicos y hojas sombrías ensangrentadas.

Esa ciudad unas veces ha sido el baluarte de la libertad y de la independencia, y otras el castillo feudal donde se han concentrado las ideas viejas y los monumentos de la barbarie!

La ciudad de Zaragoza es una plaza fuerte, toda vez que se fortifica.

Puebla es una ciudad cerrada.

Dos pequeñas eminencias le sirven de atalaya.

El mundo entero sabe cómo se llaman esas pirámides de roca, asiento de las glorias patrias, cifras de granito arrojadas en ese valle encantado, que sobrevivirán á los siglos y á las generaciones!.....

¡Gloria á vosotros, sagrados monumentos, regados con la sangre de nuestros hermanos!

¡Gloria á vosotros que conserváis las gigantes huellas del mártir del patriotismo y de la independencia!

Sobre vuestras rocas sacudió el viento de la victoria los estandartes de la patria!

Vuestra arena se tornó abrasante al recibir los rayos incandescentes del sol de Mayo, y á vuestras plantas rodaron mutilados los cadáveres de los invasores!.....

¡Salud! salud tres veces, campos de heroísmo! que el espíritu vivificante de la libertad se mezcla sobre vosotros y atraviere los celajes arrebolados de vuestro cielo; que el valor nunca desmentido de vuestros hijos lleve su espada vencedora y sus frescos laureles á los altares de la patria!

III.

El ejército republicano había alcanzado triunfos parciales, y conquistado puntos de alguna importancia en el perímetro de la plaza.

Las horadaciones continuaban á gran prisa, y de un momento á otro se esperaba el asalto por todos los puntos vulnerables de la línea.

Los defensores de Puebla contaban con una cantidad inmensa de municiones de boca y guerra. La artillería era supe-

rior á la de los sitiadores, y casi era imposible la toma de la plaza.

Las granadas hacían destrozos en el campo de Porfirio Díaz, y en los asaltos parciales la metralla derramaba la muerte y el exterminio.

Los republicanos veían consumirse su parque y sus recursos, y ya circulaba el rumor de que el ejército levantaría el campo, pues apenas se contaba con el parque estrictamente necesario para una retirada.

El joven general veía acercarse el momento de la crisis y la desmoralización que era consiguiente á la levantada del campo. No obstante, acaso sería preciso, porque intentar un asalto en esas circunstancias, equivalía á lanzar á una muerte segura á sus soldados, sin esperanza de un éxito favorable.

La situación era terrible.

Aquella noche de desesperación se hizo más sombría.

IV.

El asesino de Tacubaya levantó en la capital una división de 5,000 hombres y tomó entre los que iban los jinetes austriacos y un cuerpo de 800 plazas, todos franceses.

La artillería rayada de grueso calibre y de montaña, formaba un total de veinte piezas, todas en magníficos montajes.

Cuando la división pasó revista en la capital, no hubo un soldado descreído que no viese el triunfo seguro.

Aquel refuezo llegado á tiempo á la plaza de Querétaro, decidiría la cuestión.

¡La causa republicana estaba perdida!

Dios ciega á los que quiere perder.

Márquez, al verse general en jefe de ese pequeño ejército, soñó abarcar en un solo puño los laureles del triunfo; marchar violentamente sobre el ejército que asediaba á Puebla de Zaragoza, derrotar á los 3,000 soldados de Porfirio Díaz, hacer un número inmenso de prisioneros, dejar segura la plaza y marchar victorioso con una división de diez ó doce mil hombres, con cincuenta piezas de artillería sobre los sitiadores de Querétaro, batirlos, acribillarlos y regresar como César, entre un pabellón de estandarte y de despojos guerreros, he aquí el sueño de ese miserable.

Las probabilidades estaban todas por la realización de sus proyectos.

Así es que, guardando en el infierno de su alma este pensamiento, salió de México rumbo al *Interior*, fingiendo dirigirse á Querétaro.

Luego que estuvo en el camino de los Llanos, hizo un movimiento de conversión y se encaminó con rapidéz en dirección á Puebla, donde el general Díaz apenas avanzaba por las horadaciones.

V.

Los guerrilleros son como los gavilanes, husmean á largas distancias el olor de la pólvora.

La parvada de guerrilleros que estaban á los alrededores de la capital, no perdían de vista á la división imperial.

Al descubrir el movimiento del enemigo, se destacaron rápidos como exhalaciones cien correos por diferentes caminos y veredas, anunciando á Porfirio Díaz que pronto estarían sobre su campo las fuerzas del imperio.

Esta noticia fué un rayo para el joven caudillo, que no tenía la menor esperanza de tomar la plaza, antes de que Márquez llegara á las inmediaciones.

La prudencia y las leyes de la estrategia aconsejaban la levantada del campo.

El general citó una junta de guerra.

Cuando estas juntas se celebran entre personas de honor y de valor, son de todo punto inútiles, porque todos pasan sobre fuego antes que aventurar una sola palabra que implique temor.

General y subordinados eran de la misma cuerda.

De aquella junta debía salir algo terrible, una calaverada sangrienta, algo que lanzado en los dos extremos de la balanza, es decir, del éxito ó del fracaso, siempre va á la inmortalidad.

Aquellos hombres eran como el caballero Bayardo, "sin tacha y sin miedo."

Mientras aquella heroica juventud, á cuyo frente se encontraba Porfirio Díaz, discutía sobre lo conveniente, y se ha dicho entre paréntesis, para ellos lo conveniente siempre es batirse, un grupo de oficiales hablaba con el mayor de una de las divisiones.

—Mi coronel, decía un capitán alegre y vivaracho, está usted lleno de polvo y de tierra.

En un tris estuvo que no me aplastara la pared que acababa de desplomarse, pero yo les contaré un cuento á los traidores.

El coronel era un joven bien parecido, rubio, con toda la

barba, ojos claros, frente despejada, calvo, miradas feroces cuando se le antoja que tiene mal corazón.

El coronel es un solterón de primera fuerza: dicen que está enamorado; él nunca ha hecho confidencias sobre este particular.

Como amigo no tiene rival, como soldado, su nombre aparece en todas las partes de las batallas con especial recomendación.

Miguel Veraza, que así se llama el coronel, es hombre excéntrico; cuando estuvo prisionero en Francia compró dos *casquetes*.

Se vió al espejo por espacio de dos horas, y acabó por convenir en que un soldado con peluca es un imposible.

Veraza guardó los casquetos.

Parece que esta compra la hizo por consejo de una griseta.

Veraza es un hombre sufrido y lleno de caballerosidad.

Siempre elegante.

Lo hemos visto en el campamento hecho pedazos, pero nunca le falta una borla de oro que atar á la culata de su pistola, ó una corbata bien bordada, ó unas espuelas cinceladas; algo que revele al hombre de buen gusto.

El coronel es el hombre más tenaz que hay debajo de las estrellas.

Toda vez que se proponga subir al cielo, no duden nuestros lectores que el día menos pensado anuncia el *Monitor*, que Miguel Veraza ha hecho su excursión con todo y caballo á las regiones etéreas.

Veraza era mayor general de una división, y seguía á Porfirio por quien tenía un verdadero fanatismo.

Veraza estaba en las horadaciones, incansable, trabajador, entusiasta y queriendo distinguirse como siempre.

—Mi coronel, dijo el oficial, ¿ya sabe usted la noticia de la llegada de Márquez?

—¿Qué importa?

—Que estamos mal.

—Donde esté Porfirio Díaz, siempre se está bien.

—Habrá una de Dios es Cristo.

—Que la haya, para eso estamos, y el que no quiera ver visiones que no venga al sitio de Puebla.

—Pero, mi coronel.....

—No ha de ser más negro el cuervo que las alas.

—Lo temo por la causa.

—Pues la causa no arriesga el pellejo como nosotros.

—Es que ya no hay parque.

—No sea usted imprudente, si lo oyeran los soldados se desmoralizarían.

—Lo sé, mi coronel, por eso lo digo en voz baja.

—Hay cosas que no se las debe uno decir ni á sí mismo.

Llegó en aquellos momentos un ayudante del general Díaz y habló un momento con el mayor general.

Este se mordió los labios, se frotó las manos con satisfacción, y siguió alentando con gritos á los zapadores que á la orden del infatigable Rivero practicaban las horadaciones con una violencia admirable.

Solían encontrarse los fusiles enemigos y se armaba una zambra infernal, se empezaba un combate y se disputaba una cuadra á la bayoneta.

VI.

Corría en todo el campo la voz muy válida de que el general Díaz levantaba el sitio.

Comenzaba algo el desaliento, aunque aquella tropa no se desmoralizaba tan fácilmente.

Los generales Alatorre y Terán volvieron á sus líneas, y Faustino Vázquez, jefe del Estado Mayor, recorrió los parapetos hablando reservadamente con los comandantes de los puntos.

—Malo, decía un joven capitán, el coronel Vázquez Aldana se limpia muy á menudo los lentes; de que se cala las gafas, algo malo ó bueno va á suceder.

—Ya le tenemos miedo, respondió un teniente, la víspera de la toma de Oaxaca avanzó tanto la artillería, que aquello era tirar á quemarropa.

—Como es miope Vázquez Aldana, le gusta ver muy de cerca al enemigo.

—Sí señor, de que platica con el general Díaz ya va á ser ello; y con la sangre fría con que le dice á uno, como si no le fuera el pellejo; "mañana al amanecer se arroja usted sobre la trinchera;" y en viendo que se pone el semblante algo trémulo, añade: "los dos entraremos juntos," y se va como si hubiera dicho uno gracia el maldito.

—Es el brazo derecho del general.

—Temo que se lo corte el día menos pensado.

—Hay hombres á quienes favorece el diablo, y mi coronel Vázquez es uno de ellos.

—Yo creo que él es capaz de favorecer al diablo.

—¡Demonio! ¿qué pasa en el campo?

—No hay duda, la retirada es una cosa cierta.

—Veámos, compañero, allí se agrupa el Estado Mayor y multitud de soldados.

—Alguna desgracia ha causado esa granada: demonio! se alza una nube de humo y de polvo.

—Corramos!

—Corramos.

Efectivamente, un proyectil de grueso calibre había caído sobre el techo de una casa donde el general Díaz estaba de observación.

Las vigas crujiéron, y la granada, haciendo un terrible estrago, cayó en el aposento donde se hallaba accidentalmente Porfirio Díaz.

La granada hizo explosión.

El aposento quedó envuelto en una atmósfera de humo.

Después se oyó la voz del general que áclamaba: "sáquenme! sáquenme!"

Sus valientes soldados se arrojaron sobre los escombros, y por unas de las ventanas sacaron a Porfirio Díaz, sobre quien se desgranaba el techo de la casa.

El general se salvó milagrosamente.

La muerte del valiente jefe del ejército republicano, hubiera sido de trascendencias funestas para la causa.

Dios estaba con la República.

VII.

Porfirio Díaz recoría su campo, dirigiendo la palabra á sus viejos soldados, con aquel buen humor que le caracteriza.

—Ahí va papá, decían los soldados.

El joven general los saludaba con algún chiste.

En la mirada del caudillo había mucho de inquietud en aquellos momentos, en que visitaba por última vez los parapetos y horadaciones.

Porfirio Díaz pensaba en algo que no estaba en el campo de batalla.

Pensaba en la mujer de su amor, con quien se desposaba por *poder* en aquella misma hora en que el destino lo iba á sujetar á una terrible prueba.

¡El amor!.....¡la gloria!

Las dos alas del ángel del porvenir.

VIII.

Eran las diez de la noche cuando las fogatas de los sitiadores comenzaron á apagarse.

El campo estaba en movimiento.

Los sitiadoestaban pendientes de los movimientos del ejército republicano

La levantada del sitio cuando ya estaban desmoralizados por los rudos ataques de los sitiadores, era una noticia del cielo.

Los soldados de Porfirio se resistían á creer el funesto rumor, pero la disciplina los tenía mudos.

Trece columnas con su dotación de artillería se formaron frente á los reductos de la Plaza.

Aquello significaba ó un ataque ó una retirada.

Faustino Vázquez había regresado con el general Díaz al cerro de San Juan, donde se encerró á hacer preparativos de alquimia que nadie comprendía.

—Este hombre de las gafas nos dà un mal rato, insistía el capitán, está acumulando combustibles.

—¿Si será cierto lo que hemos dicho con respecto á que tiene pacto con el diablo?

—No hay duda, compañero, en sus botas debe traer la cola de Satanás.

—Y en los lentes las vidrieras del infierno.

—Su caballo saca lumbre en las piedras.

—Su espada está tocada á la fragua que hay en la quinta guarida de Satanás.

—Esta noche es de mal agüero, hay secretitos con ese descolorido de gafas.

FIN DEL TOMO TERCERO.